

Crónica IMEC 2019

Norma García

Hasta hace poco, el Instituto de Memorias de la Edición Contemporánea (IMEC) era tan solo un nombre más, una referencia que aparecía con cierta recurrencia en los libros que consultados al iniciar la maestría. Con frecuencia, cuando en mis lecturas me encontraba con un dato significativo o una noción importante en alguna nota, caía en la cuenta de que se trataba de referencias que provenían de este Instituto. La curiosidad me llevó a consultar su sitio oficial en red y, poco a poco, se me fue revelando como un puerto inevitable, un lugar que, seguramente, me depararía grandes sorpresas en este maravilloso viaje que ha implicado el descubrimiento de la literatura de Marguerite Duras y su relación con la voz, el canto y la música, que es el tema de mi tesis.

El IMEC fue creado en París en 1988 con el fin de preservar colecciones de archivos relacionadas con la vida editorial, literaria y artística del momento; a partir de 2004 cambió su sede principal para trasladarse de las oficinas parisinas (en las que aún se pueden consultar ciertos documentos) a la magnífica Abadía d'Ardenne, al norte de Francia. Ubicada a las afueras de Caen. Esta Abadía, construida en el siglo XII, fue habitada por la orden religiosa de los *Prémontrés* y durante la segunda guerra mundial sufrió grandes daños, por lo que tuvo que ser restaurada, especialmente a partir de 1995, con el fin de acoger las colecciones y las actividades del IMEC.



Mi primer contacto directo con el Instituto fue, como frecuentemente en estos tiempos, vía e-mail. Más allá de la rapidez de su respuesta, me sorprendió el interés y la amabilidad que mostraron al responder a mi solicitud: en menos de tres días me habían contactado el servicio de reservación para la sala de lectura, el de alojamiento y alimentación y el encargado de proporcionar apoyo en cuanto a la consulta de los materiales disponibles en los archivos. Gracias a esta facilidad de comunicación, logré rápidamente programar mi visita a este lugar un tanto misterioso, detentor –aun a ocho mil kilómetros de distancia– de una fuerza muy particular. Poder tener en las manos los manuscritos de Duras me provocaba una excitación de la que emanaba un halo un tanto mágico y fetichista (recordé las clases de Irene Artigas sobre el poder “irracional” que otorgamos a ciertas imágenes) pero que no por ello se manifestaba con menos entusiasmo.

El IMEC alberga un fondo de archivos que está dividido en cuatro grandes secciones: Autores (literatura, artes, filosofía), Edición y profesiones del libro, Asociaciones y organismos, y finalmente Revistas, prensa y medios audiovisuales. Desde México me parecía fascinante imaginar que los manuscritos de Duras estarían seguramente guardados no muy lejos de los de Beckett, que los borradores de Derrida serían vecinos de los de Didi Huberman, un muerto y un vivo unidos por el azar alfabético y la pasión por el pensamiento. Incluso llegué a pensar que Koltés seguramente no estaría lejos de Levinas, aunque seguramente sí, puesto que uno estaría con los autores de teatro y el otro entre los filósofos.

Gracias al apoyo PAEP que me otorgó la UNAM para enriquecer mi investigación de posgrado, logré concretar mi viaje y el 19 de junio en la mañana llegué, con el retraso de rigor debido a las huelgas en esta época del año, a la estación de trenes de Caen. Plano en mano (enviado cuidadosamente por el servicio de alojamiento), ubiqué fácilmente el sitio del taxi que me conduciría a la Abadía. En la camioneta conocí a mis primeros compañeros de aventura: dos brasileñas sonrientes y de palabra fácil que trabajaban sobre las ediciones Gallimard en Brasil, una irlandesa muy propia y amabilísima que realizaba una investigación post-doctoral sobre Jean Genet, un vietnamita-estadounidense interesado en consultar los archivos de... ¡Duras!; estaba también una francesa esbelta y callada de la que, en cuatro días de convivencia, apenas escuché la voz.

La encargada de la recepción nos recibió muy amablemente y nos entregó a cada quien su llave para el dormitorio. Las recámaras, completamente restauradas, son antiguas celdas monacales que guardan el espíritu de sobriedad, conservando únicamente lo estrictamente indispensable, pero ostentando una gran comodidad en términos de modernidad (cuartos individuales, calefacción, baño privado, cama de primera). Una vez instalada en la número 9,

me dirigí emocionada a la sala de consulta de la biblioteca acondicionada en la nave central de la iglesia principal.



En la entrada están dispuestos, a ambos lados, una serie de casilleros con llave que sirven para que cualquier persona que ingrese a la sala resguarde sus pertenencias (celulares, bolsas, tabletas, abrigos). El único objeto con el que está permitido el acceso es una computadora; la misma biblioteca pone a disposición de los usuarios, en caso necesario, papel membretado y lápices para tomar notas.

El interior me pareció inmenso, varias mesas rectangulares instaladas para la consulta recorren el pasillo central; arcos ojivales y enormes columnas típicas de la arquitectura gótica se encuentran totalmente restaurados; en las naves laterales están instalados numerosos y modernos libreros de varios metros de altura que resguardan un importante acervo bibliográfico en relación con los archivos. Al fondo se encuentran el escritorio y los estantes en donde las personas encargadas del servicio de archivo entregan los documentos para consulta.

Estaba impresionada por el espacio, por la sensación extraña de atemporalidad (¿o multitemporalidad?) que me invadió al entrar y que deduje se desprendía de la conjunción entre la majestuosa estructura medieval y la concepción moderna de la adecuación reciente para la biblioteca; me recordó un poco a nuestra Ex Santa Teresa La Antigua, cargando a cuestas con sus cuatro siglos de vida para presentarnos sus exposiciones y conciertos de arte contemporáneo. Al final de mi recorrido por la nave central ya me estaban esperando sobre el escritorio tres cajas azules pertenecientes a la colección Duras.



Los archivos están resguardados en un edificio contiguo a la iglesia que igualmente fue acondicionado especialmente para conservar, en las mejores condiciones, los manuscritos del acervo. El catálogo del contenido de cada colección se puede consultar en la biblioteca y cada día, antes de las 10:30 para la sesión de la mañana o antes de las 14:30 para la sesión de la tarde; los investigadores solicitan las cajas que desean consultar.

Para Duras existen 84 cajas plastificadas azules, grises o rojas, dependiendo del tamaño de los documentos que contengan. Para ayudarme a aprovechar al máximo el tiempo de mi estancia en la Abadía, a mi llegada, las personas encargadas del servicio de archivo tenían listas para mí estas tres cajas que, habiéndome preguntado previamente el tema de mi investigación, consideraron podían ser de mi interés: una contenía un manuscrito titulado “*la valse d’Agatha*”, otra, las indicaciones para la música de la película *India song*, y la última guardaba un manuscrito de canciones compuestas por Georges Delerue con letra de Marguerite Duras.

¿A qué se debe la emoción que se suscita al tocar el papel, al intentar descifrar la caligrafía, al pretender dar un sentido a las tachaduras? Recuerdo que en un documental la misma Duras asegura que para ella escribir implica un acto de sustracción al cuerpo, un acto

de “vaciamiento”, expresa que, a sus setenta años, la parte esencial que la define ya no se encuentra en ella, en su cuerpo, sino que la ha depositado en sus escritos. Por eso está segura de que cuando ella muera, será únicamente un cuerpo “deshabitado” el que morirá; pienso que tal vez es este tipo de presencia intangible que se desprende de los manuscritos la que produce una emoción tan especial.

La percepción del paso del tiempo en la Abadía se me manifestó un tanto contradictoria, por un lado, inmersa en una pequeña rutina un tanto monacal, los cuatro días que pasé en el IMEC (abren de martes a viernes) corrieron con una lentitud asombrosa: desayuno, consulta, comida, consulta, cena, dormir; por otro lado, el entusiasmo ante tal cantidad de información disponible me dio la impresión de que el tiempo pasaba demasiado rápido, pues pronto reconocí que no llegaría a consultar todo lo que yo esperaba. Logré transcribir bastantes notas y tomar algunos apuntes que serán de gran utilidad para mi investigación. Descubrí, por ejemplo, que para *L'Après-midi de Monsieur Andesmas* existen cinco manuscritos y que en ninguno se menciona la canción *Le Square* que aparece en el libro editado jugando un rol esencial a lo largo de todo el relato; en su lugar, en los manuscritos, se hace mención a una canción que contrasta totalmente con la que aparece en el libro. En los primeros se trata de una melodía comercial muy conocida en cuya letra se equipara el amor a la salsa de jitomate con una melodía simple y pegajosa, mientras que la que figura en el segundo, elegante, poética e interpretada por una gran cantante admirada por el mundo intelectual de la época, muestra un refinamiento acorde con la escritura. Consulté cada manuscrito esperando encontrar alguna señal de la melodía que había leído en el relato pero no encontré ninguna. En cambio, la salsa de jitomate está presente en cada uno. ¿Por qué me haces esto Marguerite? Acababa de hacer un ensayo muy concienzudo sobre la evidencia de la necesidad de que la canción *Le Square*, cuya letra es tuya, aparezca en tu texto, ¿qué hago ahora con *chérie je t'aime, chérie je t'adore, comme la salsa del pomodoro?*, ¿cómo lo explico?...

Sin duda estar cerca de los manuscritos de Duras fue una experiencia que, inédita para mí, más que otorgarme respuestas, abrió un incalculable número de fascinantes y nuevas preguntas que ahora, a unos meses de mi regreso, me sumergen y me guían en este camino lleno de sorpresas que supongo que implica siempre la investigación.

